



# LA HOJA de PARRA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Méndez Alvaro, 2, 1.º • Apartado 547.  
Horas: de nueve mañana á una tarde

CARAS BONITAS

## SUMARIO

- CÉSAR JALÓN  
Sección vermouth.
- RAFAEL LEYDA  
Reconciliación.
- CELSO LUCIO  
Un hombre serio.
- CATULO MENDES  
La sonámbula.
- J. PÉREZ RAMÍREZ  
La muerte de Kleomenes.
- LUIS ESTESO  
Chascarrillos y epigramas.
- MARIANO PADILLA  
¡Milagrol...
- ANGEL G. LUGEA  
La mujer que yo amé.
- D. GUANSÉ SALESAS  
La Esfinge.
- PACO MATEOS, TINO, BÉTI-  
CO, GASSÓ y M.-S.  
Varios dibujos y retratos de  
Blanca Suárez y Rafael Millán.

**5** céntimos



**BLANCA SUÁREZ**

¡Aplaudida y bella tiple cómica que ha obtenido un éxito más can-  
tando el «couplet» de LA HOJA DE PARRA en la obra titulada  
«La escuela de Venus». Blanquita canta «como los ángeles», y  
como los ángeles, canta en «El Paraíso».



### Crónicas serias.

**S**i, por ventura, soy un cultivador de la literatura al uso, lo soy sin saberlo.

Fuí admirador de Prudencio Iglesias Hermida, y lo sigo siendo, cuando no dedica su prosa varonil y potente á ensalzar al torero mejicano ó á otros que, si no son mejicanos, son toreros.

Pero de los que, pretendiendo seguir las huellas de Prudencio, entraron por el camino de la literatura pedestre, haciendo el obsequio de llamar literatura al lenguaje del arroyo puesto en boca de sus hijos; de esa

### NO HAY NADA ETERNO



—A ver si me los trae usted mejores que los del otro día.

—No los hay mejores. Es que usted quiere estirar las cosas demasiado, y todo tiene su límite.

serie de escribientes que ni el mérito de la originalidad tienen, de esos no he sido ni será nunca admirador, sino todo lo contrario, en el terreno periodístico, se entiende, y siempre sin querer menoscabar sus prendas personales.

Juan Brasa, por ejemplo, es autor de un libro titulado *Canalladas*, que no he leído por mi bien, pero que, conocido el estilo de su autor, me atrevo á asegurar *a priori* que las *Canalladas* podrán estar y estarán primorosamente concebidas y... pésimamente «hilvanadas».

Pues Brasa, que, según ha dicho él mismo en *The Kon Leche*, tiene mucha popularidad en Madrid, no ha hecho sino plagiar tal cual frase hecha (hecha por Prudencio Iglesias) y refreír no importa qué lugar común, refrendándolo todo ello con la entrepierna que ponía sobre sus escritos. ¿Y qué resultaba luego? Pues que como la ponía sobre los escritos, llegaba la hora de contestar á *Los Bárbaros*, y de contestar con la entrepierna, porque las «cosas» lo merecían, y Brasa se encontraba sin ella. ¡La había dejado sobre sus escritos!

Otras veces, conminaba á un señor con comerle la nuez, como exquisito postre á los higadillos de la misma víctima, previamente ingeridos. Le iba á dar un bocado en tal y cual sitio. Y, en efecto, todo ello se quedaba en un bocadillo... de jamón, y gracias.

Por eso, yo, que no he estrechado la mano á Brasa—¿abrása?—ni he negociado jamás con él; esto es: yo, que no tengo motivo para odiar ni querer al melancólico don Juan, desto su labor literaria, con el debido respeto para su persona.

Digo todo esto á santo de que voy á ser, tal vez, un poco «violento» criticando á un artista, y sentiría que se me incluyese en la ya innumerable é innominada lista de «literatos al uso».

✽

Saber el porqué del miedo que casi todos los artistas, machos ó hembras é «intermedios», de todos los órdenes de la vida — incluso en las Ordenes religiosas, que también son de la vida —; saber, repito, el porqué del miedo que la mayoría de los artistas sienten al presentarse ante el público de Madrid, es tan difícil como descubrir cuál sea el secreto de que en Madrid, donde hay de sobra tanto fresco y tanta fresca de sobra, hace, no obstante, tanto calor como en la zona tórrida.

Es, realmente, inexplicable tanto pánico.

El público de Madrid es manso, en fuerza de ser tolerante; los espectadores dimiten su condición humana para trocarse en corderos.

Ahí está Donnini. A buen seguro que, cuando aparezcan estas líneas, ya habrá él desaparecido del Gran Teatro. Ni un aplauso se llevará de Madrid. Cierto. ¡Pero tampoco ha oído una protesta!...

Donnini, artísticamente considerado, es el hombre que más tiene de mujer, ó, mejor dicho, la mujer que menos tiene de hombre.

De su vasto repertorio — que también pudiera escribirse basto, con «be» —, es raro el número masculino, y son la mayoría numéricos de mujer.

Ahora bien: en Donnini se da el caso de que cualquiera diría que, al hacer de hombre, se ha caracterizado divinamente, y que en el papel de mujer está en su papel...

Pero el papel es de lo más barato: papel del corsé, prenda que, dicho sea de paso, le sienta tan bien como el papel.

No tiene maldita la gracia. Es una mujer que canta de falsete, y que, de vez en vez, se muerde los dedos, adoptando un ademán que trasciende á «hetairismo» de menor cuantía.

Sus números de hombre son dos, también malos; á saber: el de los directores de or-

questa, ya muy visto á Rafael Arcos, que lo hace mucho mejor, entre otros motivos, porque se caracteriza á la vista del público, sin bajarse á conformar su peluca debajo de un semibiombo, y Donnini se baja.

Y el otro número consiste en salir, cuando se alza la cortina, á saludar, muy bien vestido de hombre, pero sin abandonar el rictus de «diva» agraciada, aunque sin gracia.

Y bien: Donnini no sólo no ha sido protestado por el «terrible» público madrileño, sino que, probablemente, á estas horas le está fabricando una «interview» el «Carretero Audaz», que en Donnini habrá encontrado materia abonada para sus apreciaciones estéticas:

«¡Qué hombros los del fenómeno... vocal! ¡Cuál destacaba su carne de alabastro en el fondo cetrino de la cama de ébano! ¿Ebano? ¿O Eva-sí?»

Pues este Donnini, que se ha hinchado de «hacer números» en el Gran Teatro, será de los que les da mucho miedo el público madrileño, á pesar de la exquisita piedad de la «masa» y de la delicadeza de la masa encefálica del «Carretero Audaz»...

CÉSAR JALÓN.

## MIRAMIENTOS



—¡Al fin, solos! Ven á mis brazos, Faola.  
—No, todavía no, que me vas á estropear el vestido.

# RECONCILIACION

(Episodio de una vida conyugal.)

DESDE entonces se repitieron las reyertas, siempre por cuestiones de dinero, punto en el que Carmen mostraba alguna energía para defenderse. Todo Madrid comentaba burlón las disensiones conyugales de la Ortiz. Y el ilustre hombre público estaba amargado.

El horizonte político anunciaba crisis. Esperaba una cartera de las más importantes, y aquella situación familiar dificultaba su acceso al Poder.

## LOS NUESTROS



RAFAEL MILLÁN

El celebrado autor de la partitura de «El príncipe bohemio», en cuya obra se reveló como un maestrazo, ha vuelto á revelarse en «La escuela de Venus», obsequiándonos con el cuplé que en este mismo número publicamos. Es el primer mortal que, después de Luzbel, se «rebela» en «El Paraíso».

De altas regiones se le hizo alguna insinuación para que el escándalo cesara...

El no veía ya á su hija menor; pero se avistó con Elvira, la casada con Javier Ordóñez, y acordaron llamar á capitulo á Carmen y obligarla á la separación. La pillarón, tras de formidable riña, acardenalada, las narices brotando sangre, y accedió gustosa. Lafuente no puso obstáculo... Mientras no le pidiesen dinero...

Carmen se fué á vivir con su hermana. «¡Qué bien me encuentro! ¡Qué tranquila», decía á todos al principio. Iba mucho á la iglesia, poco al teatro y á paseo... Sólo, á última hora, en coche, ó, por la mañana, al parterre con sus sobrinillos.

Pero aquella existencia pacífica la cansó pronto. Se acordaba de su marido. Cierto que era un bribón; pero ¡la quería tanto!...

Y resucitaba con el recuerdo sus noches de pasión, de sensual delirio, al cabo de las cuales levantábase quebrantada, con los huesos como rotos, estragado el paladar, los ojos cansinos, pero feliz... Porque su marido le daba el orgullo de sí misma, poniéndola de relieve encantos que ella ni sospechaba. Tenía una peca en el seno izquierdo, casi junto al obscuro pezón. En aquel seno pequeño, redondo, de nacarina transparente, que él recogía entre sus manos con unción, como un cáliz precioso, besando hasta embriagarse el lunarillo dorado, que brillaba como una mancha de polen en la candidez de la azucena...

¡Oh, aquellos momentos, felicidad de su vida, imposible olvidarlos!... Y en la soledad de la alcoba apacible, sobre el lecho muelle, se abandonaba á pesadillas atormentadas y voluptuosas.

Pero su marido no pensaba en ella. Ni la miraba al encontrarla en paseo, donde á diario concurría él con perdidas de toda especie. Y Carmen le amaba. Ofreció cuantiosas limosnas á San Antonio por recobrar el amor de Eduardo; hizo votos, comulgó siete domingos...

El esposo seguía impasible.

Pero nada...

Entonces, despechada, desengañada de la religión, acudió á la magia.

Comunicó con brujas y gitanas, que la iniciaron en ritos extraños. Con honda repugnancia durmió una semana...

La Hoja de Parra. Coplet de la Hoja de Parra Rufam

all.  
pizz.

La Hoja de Parra se ma nudo la amor siempre fue supe

La Hoja de Parra se ma nudo su i qual para lo a gasta

ta con pi me uel y lo ve ra

na entera en compañía de un lagarto diseado, que, al despertarse, la miraba con ojos verdes de vidrio, y rezó oraciones en lenguas guturales y sahumó su alecha con polvos que, al quemarse, despedían excitantes aromas.

Pero nada... La indiferencia del espeso seguía.

Se desengañó también de la magia. Y, por consejo de experimentadas aunigas, usó de medios más mundanos.

Siguió aventuras con amigos de Lafuente, por ver si, al saberla de otro, se despertaba su deseo. Mas él no se «enteró»... Y ella, en el colmo de su furia pasional, llegó á anhelar que la matara. ¡Qué voluptuosidad al solo pensamiento del hierro penetrándola y de la sangre tibia corriendo dulcemente por todas sus carnes; y ella languideciendo sin dolores en aquel baño mortal!...

Llegaba Carnaval. Los bailes se anunciaban. Y Carmen, á solas, tuvo una idea: inquirir á cuál iría su marido y presentarse á él; despertar sus sentidos con la exhibición de sus formas delicadas, de aquel lunar de oro de su seno, manantial de delicias... Pidió á su hermana que la acompañase, pero sin comunicarla todo su proyecto.

—Irá tu marido—dijo Elvira.

—Es probable. ¿Y qué me importa?

—¿Llevas alguna combinación?

—Ninguna.

—Entonces no te acompaño. ¿A qué exponerse en tonto á un disgusto?

Habló entonces á cierta amiga, jomona y despreocupada, que en cuanto olió el lío, se prestó fácil á todo. Carmen averiguó el palco á que su marido iría, y tomó el inmediato. Llegó la noche.

Vestía la esposa un traje «Imperio» que descubría su pie, deliciosamente encorvado, y el principio gentil de su pierna. Los pechos, blancos y duros como dos magnolias, ofrecían serenamente el perfume de su desnudez.

Su tipo añinado de figulina, resultaba tan gracioso, tan lindo con aquel traje, que llamó la atención. Y como se mostrase complaciente, su palco se llenó de hombres.

Al llegar Lafuente al baile, en seguida le hablaron de ella.

Nadie sabía quién podría ser.

Deseando el otro verla, se subió á una silla, y descaradamente miró por encima de la tabla que separa los palcos. Lo primero que advirtió fué el lunar, aquel lunar famoso, célebre, digno de la inmortalidad, si ésta se concediese á los lunares.

Durante un momento, permaneció frío, sereno, pugnando por dominar los instintos de animal salvaje que palpitaban en el fondo de todos los raciona-

les, para hacerse superior á sus propios deseos, que no eran por cierto los de «Orozco» en el sublime drama de Galdós; pero al cabo le venció la ira, y alborotándosele furiosamente la sangre, le golpeó en las sienes y le quemó

## DEL SALÓN MADRID - BOMBILLA

TINO.



—¡Menudo empresario nos hemos «echao»! Nos lleva la cuenta de las botellas que hacemos gastar á los que «alternan»; nos lleva la cuenta de quién se va antes de la hora. En fin, que yo creo que, si lo consintiéramos, nos iba á llevar la cuenta de otras muchas cosas...

los labios como una oleada de plomo derretido.

Su voz se puso trémula, y secó su boca la fiebre del deseo.

Para acallararlo, descorchó una botella, y bebió. Pero la embriaguez poblaba el palco de imágenes sensuales.

Veía á su mujer desnuda, resplandeciendo á la luz tenue de la alcoba, sus formas gráciles, como las de la Venus de Médicis. Y con ardor de sátiro se precipitaba sobre ella y la acariciaba toda.

Sus manos, sensibilizado el tacto hasta experimentar dolor, recorrían los brazos flexibles, de línea indecisa y huyente; los pechos tibios y palpi-

lantes, la curva pomposa de la caderas, la redondez de ánfora del vientre, los pies, como tórtolas prisioneras que se agitan nerviosas, los muslos blancos y firmes, lo ojos entornados con un gesto de anhelo y de súplica, la boca entreabierta, el cuello abandonado en una actitud de suprema voluptuosidad...

Y su boca recorría todos los puntos satinados de la piel, con caricias que la estremecían, haciéndola vibrar, preparándola al dulce sacrificio...

Y deteniéndose en el lunar provocativo, lo besaba y lo mordía como si por aquel puntito de oro quisiera mezclarla y transfundirla con él.

Y ella, en el palco, próximo, seguía, hastiada, con una conversación vulgar, mientras su pensamiento volaba hacia el esposo, como el pajarito á su nido. Y al ver que él no llegaba, temiendo no la hubiese conocido, loca y delirante, se quitó la careta.

Uno de los que la vieron entró en el palco de Lafuente, y, sin notarle, dijo con imprudencia:

—¡Sabes quién es la mascarita de al lado? La de Ortiz.

Advirtió entonces al esposo, y calló confundido, temiendo haber provocado con aquellas palabras un disgusto.

Levantó Lafuente sus ojos, velados por la embriaguez y el deseo, hasta el amigo, y, lentamente, marcando bien las sílabas, dijo:

—¡Mi cuñada? Pues que no se sepa... Deben ustedes ser prudentes, muy prudentes... ¡Pobre Ordóñez!

Y lanzó una carcajada.

Llenó luego una copa de champagne; apuróla con avidez, y, levantándose, siguió:

—Voy á velar por la honra de la familia. No se muevan ustedes. La cosa no tiene importancia. Se trata pura y simplemente de velar por la honra de la familia; nadie me negará lo sagrado de este deber.

Entró en el palco de Carmen, que ya tenía el rostro cubierto. La ofreció el brazo, silencioso, y ella se agarró á él con ansia. El marido sintió el roce de su carne como si la tuviese sobre la suya, como si al fuego de su lujuria las telas le hubiesen calcinado, y la arrastró hacia fuera. Pero en el pasillo no pudieron contenerse, y se echaron uno en brazos del otro, enlazándose nerviosamente, con furor, incrustándose los cuerpos. Buscáronse con avidez las dos

bocas, y sus lenguas chocaron como las llamaradas de dos incendios. Un rato permanecieron unidos, en éxtasis... Luego, él se separó un poco para mirarla toda. Uno de los senos colgaba fuera, arrojado del corsé al violento choque... Y el marido lo cogió con sus dos manos, y, lleno de unción, besó el lunar, que brillaba como una estrella en un cielo pálido.

La vida del matrimonio Ortiz-La-fuente está llena de episodios semejantes. Su historia formará, cuando se escriba, un libro erótico y triste, en el que cada página dirá un deseo y cada capítulo una desilusión.

RAFAEL LEYDA.



## UN HOMBRE SERIO

Don Severo Fernández de la Pedraja, senador vitalicio y hombre de peso, es íntimo de Lola, que es una alhaja que le tiene, del todo, sorbido el seso; intimidad que á nadie le ha confesado, porque quiere el tesoro tener oculto y porque hace veinte años está casado con una señorona de mucho bulto. Y, en fin, porque en discursos trascendentales, de la moral y el orden siempre al servicio, demostró que sus actos, siempre formales, estaban á la altura de un vitalicio. Razones por las cuales, aunque está loco y piensa siempre en Lola, que es una alhaja, á pesar de sus ansias, la ve muy poco don Severo Fernández de la Pedraja. Pues sólo cuando nadie puede espiarle, y después de tomadas mil precauciones, corre al nido de Lola para contarle, después de larga ausencia, sus impresiones. Y allí olvida sus penas y sus quebrantos, y allí encuentra la calma de sus afanes; por eso llama el nido de sus encantos al nido de la calle de Campomanes.

Hace unos cuantos días, murió de viejo un personaje de esos muy renombrados, y formaban el núcleo de su cortejo ministros, senadores y diputados; de los primeros, nuestro protagonista, que es en estas materias pulcro y correcto, llegó en su carruaje; firmó en la lista y elogió las virtudes del interfecto. No se recuerda entiero más concurrido, ni tal número junto de personajes; ni jamás en un duelo se ha conocido una fila tan larga de carruajes. Partió la comitiva pausadamente, y nuestro hombre, mostrando gran impaciencia, hizo señas al cochero, que prontamente le respondió con signos de inteligencia.

Al doblar el cortejo por una esquina, distraído ó adrede, se vió á un cochero seguir en línea recta con su berlina, siendo ésta la berlina de don Severo, y el que detrás seguía viendo delante marchar el mismo coche y al mismo paso, siguió la línea recta, y en el pescante continuó soñoliento sin hacer caso, y lo mismo que él, uno y otro cochero, conduciendo ministros y personajes, detrás de la berlina de don Severo guieron impasibles sus carruajes.

Soñando en que su Lola le esperaba y viendo que al ingenio nada aventaja, satisfecho en su coche se sonreía don Severo Fernández de la Pedraja; y al pensar que, al fin, iba secretamente á encontrar el consuelo de sus afanes, paró el coche en la puerta precisamente del nido de la calle de Campomanes. En el balcón estaba la niña hermosa, y él bajo á contemplarla desde la acera, y se espantó mirando su faz terrosa, otras veces con tintes de Primavera, y siguiendo el espanto de su mirada, vió, al volverse, la fila de carruajes, y por las ventanillas miró asomadas mil caras conocidas de personajes.

Y, en tanto, allá, camino del cementerio, se ve un carro y dos coches abandonados.

¡Que han seguido inconscientes á un hombre serio ministros, senadores y diputados!

CELSO LUCIO.

## CONVENCIMIENTO



—Unas veces creo que no hay dinero, y otras, que no hay hombres; y, al fin, acabo por convencerme de ambas cosas.

# DEL CERCAJO AJENO

LOS GRANDES CUENTISTAS

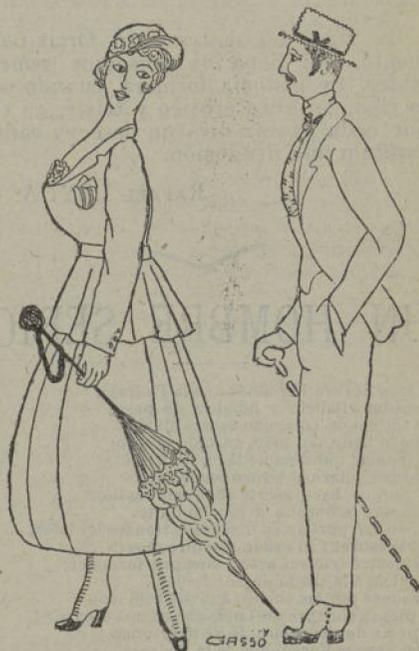
**LA SONAMBULA** Cuando sa-  
líamos de una sesión de sonambulismo, Valentín, ese fatuo charlatán, exclamó, golpeándose la frente: «También yo he magnetizado á una mujer.» Todos cuidamos de no contradecirle, temiendo darle ocasión á que nos refriese algún cuento. Pero él añadió con tono grave y frunciendo las cejas: «Sí: una noche magnetiqué á una mujer, y aquella noche creí que iba á cometer el más abominable de los crímenes.»

Evidentemente, era imposible rehuir la historia, y nos resignamos. Haz lo mismo, lectora misericordiosa.

«Por primera vez, la adorable condesa Amedina me había permitido visitarla á la hora avanzada en que su puerta se cierra para todos los importunos. Refugiados en el saloncito rosado y oro que parece el estuche de la joya de Lola celebrada por Baudelaire en una cuarteta más durable que las pirámides egipcias, bebíamos el té delante de la chimenea encendida, mientras el vapor ligero de las tazas elevaba entre Amedina y yo el transparente misterio de sus nubes perfumadas. Mis deseos subían con el humo, pero no tan alto, deteniéndose en la doble redondez que oprimía la seda del corsé, cifando en torno del carnoso cuello un ardiente collar de caricias imaginarias y perdiéndose con deliciosa agonía en el infinito perverso de los ojos. ¡Ah! ¡Qué linda está usted, Amedina!—pensaba yo—. ¡Qué criminalmente bonita, con vuestro ondulante abandono de sirena dormida sobre la arena, al sol, y vuestra expresiva sonrisa, que quiere y que promete!...

De pronto, aprovechando un momento en que la condesa Amedina se inclinaba un poco para tomar su taza, reuní con un esfuerzo supremo todo lo que en mí era capaz de querer, y mis dos manos, anchamente abiertas, se extendieron como una amenaza de agarrar sobre su frente. ¡Oh!... Quedé

## DEL PASEO



—Bueno; estás con él. Pero ¿le quieres ó no le quieres?

—Hombre, le quiero lo bastante para que él se lo crea.

maravillado ante el resultado de mi operación. Poco á poco, muy poco á poco, la condesa levantó su cabeza y la volvió hacia atrás, dejándola caer sobre el respaldo del sillón y cerrando los párpados, que ya no se abrieron. Amedina dormía; indudablemente, dormía... Entonces, recordando todo cuanto sabía de la ciencia, real ó quimérica, de los Bálsamo y de los Mesmer, exasperé la proyección de mi voluntad hasta el extremo de sentirla salir completamente por todos mis poros, y entonces redoblé casi con furor los pasajes magnéticos. A veces, ella se estre-

mecía; después, se abandonaba con los labios entreabiertos por una larga y dulce sonrisa. ¡Les digo á ustedes que estaba dormida!... Cogí uno de sus brazos... ¡Oh! ¡Qué cutis tan fino!... Y en cuanto lo dejé, cayó inerte. Suavemente, con dedo tembloroso, levanté uno de sus párpados; el ojo, extraviado, sólo mostraba un blanco azulado: y cuando pregunté, asustado de mi propio poder: «¿Duerme usted?» «Sí: duermo»—respondió Amedina, con esa voz lejana que sube quejumbrosa del profundo abismo de los ensueños.

Quise intentar una experiencia decisiva. Había visto magnetizadores que clavaban un gran alfiler en la carne insensible de los sonámbulos. ¡Oh! No; ni por un instante tuve el cruel y criminal pensamiento de atarazar con una punta de acero el immaculado satén de su brazo.

Pero el alfiler podía reemplazarse, y arrodillado delante de aquel ídolo tembloroso como el devoto que va á cometer un sacrilegio, separé los suaves encajes de la manga hasta el hombro, ¡hasta el hombro!, y aproximé mi boca, y mis labios rozaron la suave y viviente carne, y mis dientes mordieron el divino fruto de la nieve...

La catalepsia era perfecta; yo era un magnetizador admirable.

¿Me obedecerá?... pensaba yo. Puesto de pie, la dije, no con la voz, sino con el gesto: «¡Levántate!» Amedina obedeció. Yo marchaba delante de ella, á reculones, haciéndola señas de que avanzase; ella me siguió con los ojos cerrados, dejando caer sus brazos. Tenía ya actitud grave y dulce á la vez de una estatua de diosa, que, animada súbitamente, atravesaba su templo. Cediendo á mi voluntad, penetré en una alcoba guarnecida de satén color malva...

Perfumes que hasta aquella noche yo jamás había respirado, impregnaban el aire suavemente; la incierta claridad de una lamparilla, tierna como los ojos que languidecen de amor, acariciaba el misterio blanco del lecho en el fondo vago y encantado del dormitorio. La mostré aquel lecho, y se acercó á él: y cuando la designé con el dedo la parte superior del corsé, se puso á abrirlo lentamente. Yo, ya veía el borde de peluche rosa y negro...

En fin, dominada por mi voluntad, se acostó.

Allí estaba en la penumbra clara y dulce, extendida, inmóvil, bajo las telas armoniosamente abultadas, y ofreciéndoseme indefensa y tentadora como el más quimérico ensueño.

Pero no, no. Yo era un cobarde que no tenía derechos sobre Amedina, pues-

## LO QUE ELLAS QUIEREN



—Veinticinco... Ya ve usted: ¡tenía veintisiete!

—No importa, maestro: yo quiero que meta usted dos centímetros más.

to que ella no se entregaba. Yo era un culpable... ¡Ni un beso más!... En el acto, debía abdicar mi poder usurpado, devolver á la condesa su libertad y arrodillarme para implorar su perdón.

Inclinado sobre ella—tan honradamente como es posible, lo juro—, me disponía á hacer los gestos que alejan el sueño, y devuelven su independencia á las almas. Mas, repentinamente, la sonámbula, sonriéndose y echándome los brazos al cuello, exclamó:

—¡Ay, Dios mío! ¡Cómo pierde usted el tiempo, y qué simple es usted! Le aseguro que no estoy dormida...

CÁTULO MENDES.

# LA MUERTE DE KLEOMENES

I

**K**LEOMENES, hijo de Timón, se hizo tan notable en Alejandría, que su nombre pasó también á otros países apartados, y rebasó el mar latino. Era escultor, muy distinguido y estimado en Atenas durante la época feliz de su aprendizaje, y autor de un Apolo pensante y de finísimos grupos y relieves: Pan, gozando á una leona; Cabra, acosada por sátiros, y otros; era ade-

de Astarté, las hembras más exquisitas de la ciudad del Faro, se disputaban los favores del artista, cuyas orgías sensoriales le dieron tanta celebridad como sus esculturas. La lujuria, la gula, el lujo y demás pecados capitales; la música, el ingenio y los perfumes raros, todas esas especies que constituyen la salsa de la vida, siempre amenizaban los festines del escultor, á quien hubiera copiado Crespo y ensalzado Epicuro.

Vida envidiable, que respondía constantemente á un enorme prestigio popular.

Sólo su muerte hizo contraste con su vida: Kleomenes tuvo á bien fallecer de una pulmonía vulgar y prosaica, y no cayó con una postura original, interesante, como Sócrates, Séneca, Petronio...

Pero esto, que decepcionó, indudablemente, á muchos, luego se ha llegado á poner en limpio, para justificación póstuma de Kleomenes.

II

Kleomenes era demasiado afortunado para ser feliz. Le colmaban de un hastio intolerable la facilidad abrumadora con que las más bellas se le ofrecían y la pesada popularidad, creadora de las situaciones más molestas. Una melancolía le castigaba cruel á cambio de tantas venturas.

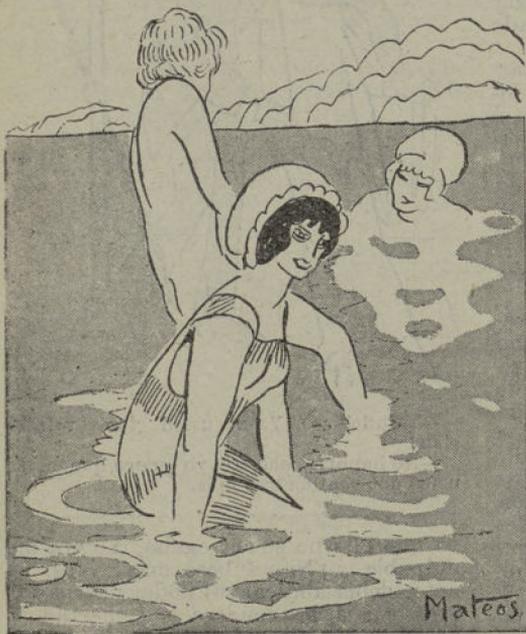
Cabellos brunos de egipcias, cabellos negros de arias y galileas, trenzas rubias de noruegas, pelos rojos de galas, todos habían sido acariciados por sus dedos; senos alabastrinos de doncellas griegas, ancas recias de matronas romanas, ojos verdes de celtas; sencillas vírgenes frigias y refinadas cortesanas de Palibothra le habían enardecido hasta postrarle y cansarle... cuando conoció á una efesia sublime. ¡Qué linda! Una criaturita graciosa, blonda y locueta, más divina que Afrodita misma. Kleomenes la escogió para modelo de Afrodita...

Y la efesia, que se llamaba Thersites, se dejó copiar, pero no se dejó amar. Caso insólito. Las mujeres de mayores méritos, como queda escrito, iban á Kleomenes para ofrecérselo, y Thersites, sólo Thersites, se mostró insensible á la belleza y al nombre de Kleomenes. Ella, la única mujer que se le había resistido, y ella,

la que él deseaba únicamente.

No fué simple excepción ni coquetería: Thersites se hallaba enamorada; Thersites, la efesia gentil, amaba furiosamente á otra, á una chavala morena y viril, celosa como un

## LÓGICA DE LA PLAYA



—Chica, me voy á vestir. No sé qué me pasa hoy, que no me entra el agua.

—Pues menos te entrará si te vistes.

más filósofo muy hábil; y, finalmente, gozaba de una tan correcta belleza, que muchos senadores y funcionarios le hubiesen cambiado por sus esposas, con dineros encima. Las más hermosas y caras cortesanas del templo

macho bravo, que tenía lo suficiente para producir la ilusión...

Thersites repugnaba dejarse querer de Kleomenes, para despecho y daño del mimado artista.

Sólo su amiga llenaba su corazón.

Y Kleomenes, en fuerza de lamentar el desdén irritante de Thersites, dió en consolarse con la estatua, con aquella estatua magistral, hecha á imagen de la amada imposible.

Verdaderamente, aquella escultura, su obra más feliz, era Thersites. El rostro, la línea general y suave desde la axila hasta el comienzo del pie, el modelado sobrehumano de los hombros y de los senos, de la curva viva del vientre, de los brazos ebúrneos, de la egregia garganta y la pristina espalda... eran Thersites hecha piedra, hecha carne y hecha inmortalidad.

Mirada y adorada efusivamente, locamente, á la plena luz ocre y jacinto del mediodía y á la refleja iluminación plateada de las noches alejandrinas, en el edénico jardín, sobre un oportuno fondo de prietos laureadales y linos róseos, la efígie de Thersites hechizó las horas del amante desdeñado; y Kleomenes tuvo que concluir fanáticamente por completar «con el soplo divino», con el amor, la obra fría. Un amor en esencia, para el alma y para el mármol de la estatua en mármol de Thersites; un amor á la piedra modelada, que le hizo olvidar á la misma efesia, como si ya la estatua no fuese imagen de Thersites, sino otra amada formalmente distinta.

Ya todas las demás y sucesivas creaciones de aquel cincel prodigioso fueron fracasos desesperantes para el autor. Kleomenes pasábale las horas lascivas del mediodía en una contemplación larga y apasionada de la estatua; ella era celosamente guardada de los profanos ojos de los amigos; ella ocupaba honoríficamente un lugar á la mesa; y ella ocupó, al fin, su puesto en el lecho de Kleomenes.

Y aquí murió Kleomenes. El fuego pasional del pecho enamorado del escultor y la frialdad marmórea del seno de la estatua originaron... una pulmonía fulminante que acabó con Kleomenes.

El gran artista tuvo un fin digno de él, de su historia, como Sócrates, Séneca y Petronio...

No le mató una pulmonía vulgar.

Fué que el amor ardoroso chocó en la frialdad bella y pétrea de un regazo desamorado...

Y no pudo ser imaginada para Kleomenes, hijo de Timón y autor de Apolo pensante y

de Afrodita, una muerte más poética y propia de su gloria.

J. PÉREZ RAMÍREZ.

## NO HAY COMPENSACIÓN



Ella.—Lo que te sobra á ti me hacia falta á mí, ¿verdad?

El.—No lo creas: vivimos en unos tiempos en que, el que más y el que menos, andamos tira que no alcanza.

## Chascarrillos y epigramas

A un doctor sexagenario preguntó un guasón con 115a: —¿Adónde va tan de prisa el señor veterinario?

Y con jovial amargura dijo el médico: —Ya ves; vengo á mirarte los pies porque andas sin herradura.

LUIS ESTESO.

## MANÍAS «EDILICIAS»



—¡Recristo, cómo se conoce que es usted concajal! ¿No tiene usted bastante con el Retiro?

## ¡MILAGRO!...

(CUENTO VIEJO, PERO MUY VIEJO)

HACÍA muchos años que vivía retirado del mundo, y en la santa paz del bosque pasaba los días en constante oración. Fué un gran pecador; pero arrepentido á tiempo, dejó la agitada y desordenada vida de crápula que llevaba, y trocando el rico vestido por el modesto y burdo sayal, una noche emprendió la marcha hacía aquel bosque en el que después había de pasar toda su vida. Más de una vez, la carne se rebeló; pero la divina protección que por él velaba atenuó los horribles sufrimientos que le producían, que él consideraba como una expiación.



Amanecía. El santo—porque este nombre se le puede dar por los méritos hechos—se dirigió á un riachuelo próximo en el que todas las mañanas se bañaba. Después de tantos años, el sayal había desaparecido, y únicamente unos harapos eran los que cubrían á medias su desnudez. Marchaba lentamente bajo la bóveda de follaje que se levantaba sobre su cabeza, y en la que los rayos solares, al filtrarse entre las hojas, la daba un aspecto fantástico.

Llegó al río. Quitóse aquellos harapos, y dejándose solamente un enorme sombrero que le protegía del sol, se metió en el agua.

No había hecho mas que entrar, cuando sintió ruido entre árboles, y, al mismo tiempo, unas alegres carcajadas que turbaron el sagrado silencio del bosque le obligaron á dirigirse adonde dejara la ropa. Pero no pudo llegar: estaban dos mujeres medio desnudas. Después, las vio cómo se echaron al agua.

La tentación por la que tanto sufría se apoderó de él. Miró el agua donde se reflejaban los cuerpos de diosa de aquellas mujeres, dignas de la inspiración de Miguel Angel y del cincel de Benvenuto Cellini, y creyó ver en ella el Demonio, que le miraba irónicamente. Su sangre hervía.

Al ver que las mujeres le miraban insistentemente, se acordó de Aquel que siempre le protegiera en otras ocasiones, alzó los brazos al cielo, y exclamó fervorosamente: «¡Protegedme, Dios mío!»

¡¡¡Milagro!!!

El sombrero que se había colocado para evitar las miradas curiosas de las bañistas, no se cayó, á pesar de haberlo soltado.

¡Milagro!... ¡Milagro!...

MARIANO PADILLA.



## La mujer que yo amé

## I

Como la nieve de los neveros era tu carne de terciopelo.

Blanca la frente, blancos los senos, blancas las manos de finos dedos.

Las rubias crenchas de tus cabellos de sol, tejidas por hechiceros.

Ojos azules, de azul de cielo... ¡No se conciben ojos más bellos!

Boca encendida de sacro fuego:

cáliz florido,  
nido de besos.

Como el del cisne  
tu lindo cuello;  
como palmera  
tu talle esbelto.

De hojas de rosa  
tus pies pequeños;  
de azahar y nardo  
tu suave aliento.

Virgen dormida  
de eterno sueño...  
¡Quién devolviera  
vida á tu cuerpo!

## II

Vibran las cuerdas  
de mi salterio;  
lloran las notas  
que lleva el viento.

Que, entre azucenas,  
te vi durmiendo,  
pálida virgen  
de mis ensueños.

Sobre los labios  
te puse un beso,  
como un milagro  
de amor eterno.

Pasó la luna  
rimando versos  
de misticismos  
y sortilegios.

Y el arco iris  
de los recuerdos:  
¡noches de fiebre!,  
¡días egregios!

Cuando al oído  
te hablaba quedo,  
bebiendo ansioso  
todo tu aliento.

Dios lo ha querido;  
mas no te pierdo:  
tu alma sagrada  
vive en mi pecho.

Mi desventura  
lloro en silencio.  
¡Quién devolviera  
vida á tu cuerpo!

ANGEL G. LUGEA

## LOS EXIGENTES



— Señor comisario: el guardia miente. Yo no exigi semejantes cosas de Lucía. Yo creo, que se debe respetar á las mujeres en general.

— Pero no las respeta usted en «particular».

# LA ESFINJE

ISABELITA Imaz era una muchacha de rara y mirífica hermosura, de una hermosura que atraía y sugestionaba, como atraen y sugestionan los misterios. En sus pupilas, de un verde mar muy claro, parecía dormir un enigma indescifrable; su rostro era blanco, muy blanco, como una careta de nieve inexpressiva; y en la blanca nitidez de aquel rostro, los labios parecían una roja herida donde se hubiera coagula-

## CRISIS GENERAL



—Anda, por Dios, Lola... Ten en cuenta que llevo dos días en la miseria, sin poder llenar la pipa.

—Ya, ya, chico. En la misma situación me encuentro yo.

do toda la ardiente sangre de sus venas. Así como su rostro, era inexpressivo y rígido su cuerpo, al que, aun fal-

tándole apetitosas turgencias, era armónico y bello. Desnuda hubiérase dicho que era una estatua toda blanca, tallada en alabastro. Su voz, algo cortante y fría, carecía de matices para expresar sus distintos afectos: igual vibraba en la ira que en las frases más dulces.

Por todo esto, por la inmovilidad de sus rígidos músculos, por lo inalterable de su voz, por la fijeza de su mirada, insondable como el mar, llamábanle «la Esfinge».

No había tenido nunca novio, á pesar de ser sus pretendientes muchos: que para todos, jóvenes y viejos, su cuerpo núbil tenía un encanto fascinador y atrayente. Pero á todos, Isabelita Imaz los confundió con el mismo glacial desdén. ¡Por qué?... Este era el enigma indescifrable, incomprensible. Si alguien se lo preguntaba, respondía ella con un leve mohín de indiferencia.

Sin embargo, llegó un día en que «la Esfinge» quiso amar, y no pudo. ¡Quiso amar, y no pudo! Fué su amor (aunque es impropio llamar amor á su anhelo) Julio Sans, hijo de un acaudalado banquero.

Julio Sans, que en toda su vida no había hecho otra cosa que procurarse los goces más excelsos, que estaba ya casi hastiado de sentir las diversas sensaciones—iguales, al fin, después de todo—que con sus refinamientos sibaríticos brindáronle las más espléndidas bellezas, se enamoró loca, apasionadamente, de Isabel. Le pareció que en los brazos de aquella extraordinaria é inverosímil mujer-estatua hallaría un más alto placer nunca gozado; y pensó hacerla su querida.

Isabel, que era hija de un modestísimo empleado, sintió la atracción alucinante de la fortuna que Julio le brindaba; pensó que, siendo su querida, podría satisfacer todos los raros y exóticos caprichos que su mente soñaba; pensó que podría satisfacer su desmedido anhelo de lujo y esplendor.

Mirándose al espejo, toda blanca como un lirio, recreándose en la contemplación de su belleza, enamorada de sí misma, pero enamorada castamente, sin sentir el cosquilleo sensual, imaginaria lo bien que á su lindo cuerpecito sentaría la magnífica opulencia de los atavíos de sedas y de blondas, el adorno de los brillantes más hermosos y de las más raras gemas del Oriente.

Y un instante alucinada, se creyó envuelta por un joyante iris multicolor, resplandeciente cual si fuera un hada de luz y de fulgores...

Evocó luego la figura de Julio Sans, el mago feliz que había de trocar en realidades sus ensueños: era alto, buen mozo, simpático... Sin embargo, Isabel hizo un leve gesto de enojo, como si quisiera apartar de sí la imagen evocada, como si, viéndose desnuda, le repugnara su presencia. Por un momento, hasta dudó si acudiría á la cita que se habían dado... Hizo un esfuerzo, y empezó á vestirse lentamente. Cuando estuvo lista, aún tornó á dudar: ¿iría?...

Vaciló de nuevo unos instantes; mas, súbitamente, decidióse y salió. Bajó pausadamente la escalera, como si á cada peldaño tuviera que vencer un gran obstáculo.

En el dintel de la puerta le esperaba Julio, impaciente. Al veila, brillaron triunfantes sus ojos, y su semblante se iluminó de contento.

—¡Por fin!... Temblaba dudando si vendría. ¡La quiero tanto!

Y hondamente emocionado, siguió hablando. Las palabras salían de su boca trémulas y como ondas de fuego.

Ella le escuchaba impasible. Que nada podía, ni por un instante, caldear la fría sangre de sus venas, ni dar sensibilidad á sus nervios, ni anhelos a su alma. Y, sin embargo, su rostro inexpresivo y su cuerpo incommovible encendían más y más extrañamente la pasión ardentísima de Julio. De pronto, éste, como presa de un vértigo—de este vértigo del deseo que nos hace inconscientes—, se acercó á ella, trémulo, ansioso, y ávidamente estrechó su cintura y estrujó sus labios con un beso rápido y ardiente...

Al sentir aquel contacto, ella se irguió estremecida, la rechazó con fuerza nerviosa, y murmuró con voz cortante y fría, voz de esfinge pétreo que hablara:

—No quiero; no quiero...

Y huyó, presurosa, con la mirada torva, alterando quizá por vez primera aquella insondable serenidad de sus pupilas. Y, con el blanco pañuelo, se frotaba los labios furiosamente, como si quisiera borrar las huellas repulsivas del hombre que un instante bebió de ella en ellos, y estremeciase de asco su cuerpo, su pobre cuerpo, donde nunca había ardido una llama de lujuria...

Y entretanto, pensaba:

—¡Qué cosa tan soez y repugnante es el amor!...

Julio se quedó inmóvil, desencanta-

## EL CAMBIO DE VIDA



—Pero, al cambiar de vida, habrás tenido la precaución de cambiar de nombre.

—No, chica, no.

—¿Pues, entonces, cómo te llaman?

—Me hacen una seña con la mano.

do y frío, como quien en un momento insano de delirio, loco de deseos, hubiera abrazado una desnuda estatua de mármol.

## D. GUANSE SALESAS.

Agentes exclusivos en Suramérica,  
MASIP Y COMPAÑÍA  
RIBADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Establecimiento tipográfico de «El Liberal».

## Viuda de José Lerín

encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid (Abada, 22, tienda), raparte toda clase de periódicos y revistas.

## ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE "EL LIBERAL,"

Impresiones de todas clases. — Cartelería. — Comedias. — Revistas ilustradas. — Cartas. — Folletos. —  
:: Memorias, etc., etc. ::

Marqués de Cubas, 7.-Madrid

## LA INGLESA

PRIMERA CASA EN GOMAS  
— HIGIÉNICAS —

MONTERA, 35 (pasaje)  
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

(Catálogo gratis enviando sello.)

# ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pidase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

## ANTES, EN EL LECHO CONYUGAL, Y DESPUÉS

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es, pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España. En Madrid, Fe, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo, certificado, enviando 3 pesetas por giro postal á *Archivo, Apartado 432, Madrid.*

## CUATRO LIBROS INTERESANTES

**Fruta prohibida. — Los quince goces del matrimonio.**

**Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).**

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar. Los pedidos con su importe, dirijanse únicamente á *Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid* (casa fundada en 1896). — *Biblioteca privada.* — Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas. — *Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos á los señores libreros y corresponsales de España y América.*